

ciano se detuvo, porque percibió olor á papel quemado.

Era que Juan del Mar acababa de quemar uno de los dos testamentos.

Sonreía como hombre que tiene conciencia de que ha obrado bien.

La llave del cofre la puso bajo la almohada.

—Abre la puerta, Berta—repuso el anciano.—Fargeau debe de cansarse de esperar y de escuchar. Vé á decirle que puede entrar.

Fargeau no tuvo más que el tiempo necesario para separarse de la cerradura.

Cuando entró, á pesar del deseo que tenía de ocultar su inquietud y los sentimientos que le agitaban, no pudo menos de dirigir una ávida mirada á las cenizas del testamento, que acababan de esparcirse en el piso de la habitación.

Las últimas pavesas volaban aún, jugueteando unas con otras.

¿Qué había escrito en aquel papel destruído, sombra de acta que poco antes valía dos millones?

Fargeau se dirigió á su tío y le pulsó afectuosamente.

—Serías un buen sobrino—le dijo Juan del Mar—si no escucharas tan curiosamente detrás de las puertas.

En aquel momento entró Luciano.

—Tío—dijo Fargeau en vez de disculparse,—he mandado buscar un médico.

El anciano se encogió de hombros y cerró los ojos. La mirada de Fargeau se dirigió hacia la chimenea, donde Berta había vuelto á ocupar su sitio.

Luciano se había inclinado al oído de la joven y parecía hablarle bajo.

Brillaron los ojos de Fargeau bajo la rubia franja de sus cejas. En su mirada había miedo, envidia y odio.

Eran cerca de las cuatro de la mañana. Hacía dos horas que Tiennet Blône había franqueado la puerta de la finca montado sobre el pequeño *Argent*, el caballo blanco del señor Luciano.

El viento soplaba en las ventanas altas de Ceuil y abatía los árboles desnudos de hojas en el bosque.

Todos dormían en el castillo.

El mismo Juan del Mar parecía amodorrado en el sofá. En un momento en que Luciano y Berta hablaban en voz baja y tan cerca que los cabellos rubios de Luciano tocaban á los negros de la joven, Fargeau se inclinó y después se arrodilló sobre el suelo en el sitio en que estaban las cenizas del testamento quemado. Las tomó con precaución, levantándolas sin que se desunieran, y se acercó á la lámpara.

A veces lo escrito deja sobre el papel quemado algunos trazos rojizos. Pero allí no quedaba nada. Fargeau inclinó la cabeza sobre el pecho y dirigió una postrera mirada á Berta.

La figura línfática y fría de Fargeau nunca expresaba vivamente un pensamiento y, por lo tanto, el que hubiese amado á la pobre ciegucecita habría temblado al sorprender aquella mirada, que era una amenaza cautelosa y terrible.

V

Tiennet Blône.

Hemos dejado á Tiennet Blône partiendo para Vitré á las dos de la mañana.

Apenas fuera, Tiennet y el caballo del señor Luciano se salaron como si se hubieran sumergido en el río. La lluvia caía á torrentes.

El caballo de Luciano era un lindo potro de Alençonais, esbelto y vivo, que tenía el trote largo de la raza inglesa y firmes piernas como un normando. Era blanco y se llamaba *Argent*. Tiennet le quería casi tanto como al señor Luciano y éste era la criatura humana á quien Tiennet quería más.

—¡Animo, pequeño *Argent*!—dijo dando la vuelta al castillo para ganar la avenida.—Hemos aguantado el agua de la noche pasada y aguantaremos aún la de ésta. ¿No es así, pequeño *Argent*?

Y acarició el cuello mojado del caballo.

Pero el pequeño *Argent* no parecía compartir el ardor de su dueño. Vacilaba en la noche oscura; la lluvia le cegaba y era preciso hostigarle á cada paso.

—¡Oh, oh!—dijo Tiennet antes de haber traspuesto la mitad de la avenida.—¡No avanzamos casi, mi pequeño *Argent*! ¡Tú, que no deseas de ordinario sino correr! ¡Vive Dios! ¡Los mozos que se han quedado allá abajo pasando la velada dirán que esto es un *indicio*! ¡Pero yo me burlo de los indicios, mi pequeño *Argent*! ¡Es preciso marchar, ¿lo oyes? si quieres que seamos buenos amigos!

Y golpeó suavemente con sus talones sin espuelas los ijares del caballo, que tomó el trote durante dos ó tres segundos, y luego volvió al paso, bajando la cabeza ante la borrasca.

Tiennet se quitó su gran sombrero de fieltro y entregó su cabeza descubierta al chaparrón impulsado por el viento.

—¡Vamos, *Argent*!—repuso sacudiendo sus largos cabellos, que chorreaban.—¡Hop! ¡hop!

Había una alegre sonrisa en sus labios, que bebían la lluvia; el viento impetuoso que azotaba su rostro le exaltaba más y más.

¡Ay! Los años pasan y con ellos viene el fin de la edad viril. Pero ¿quién no se acuerda de la extraña alegría que inspiran á la juventud los golpes de la borrasca? ¿Quién no recuerda las locas luchas que se entablan contra la tempestad? Si el huracán arreeja, uno ríe; si ruge la lluvia, uno canta. Hay en todo esto como una fiebre, como un transporte. ¡El agua del cielo que azota el rostro, el viento que agita y sacude los cabellos y que corta la respiración, hacen que el corazón palpite!

Es un juego, una fiesta. La lluvia, el viento y la tempestad son caricias para las frentes de diez y seis años. Tiennet Blóne aún no los tenía.

Había sufrido ya, sin embargo, como la arrogancia altanera sufre en silencio y en lo más íntimo del alma. Mas á los diez y seis años, ¿no es el sufrimiento algo como la tempestad que embriaga? Tiennet había llorado á veces; pero una sonrisa de orgullo había secado las lágrimas, como entonces se secaban

en su ardorosa frente las gruesas gotas del chubasco.

Hablase vuelto fanfarrón y valiente ante las amenazas de un porvenir desconocido y hubiera deseado apresurar el curso de su vida, como á la sazón apresuraba el paso, demasiado lento, de su caballo. Vivir es luchar, es conocer, devorar el tiempo, adivinar, morir.

Nadie ignora que al galopar se establece entre el caballo y el jinete una especie de corriente mágica. El pequeño *Argent* era un noble animal, cuyo galope había muy á menudo exaltado la viva imaginación de Tiennet Blóne. Aquella noche fué la fiebre de Tiennet la que se comunicó gradualmente al caballo.

Poco á poco su cabeza se irguió soberbia, sus narices resoplaron humeantes y sus cascos golpearon con furor el terreno escurridizo.

Desafiaba á la noche.

—¡Hop! ¡hop!—decía Tiennet.

Argent salió al trote agitando sus abundantes crines. Tiennet sacudió su sombrero por encima de la cabeza del animal. Hubiera querido tener alas, nada más que para desafiar á la tempestad desde más alto.

—¡Hop! ¡hop!

Argent salió al galope.

Tiennet se abrazó al cuello del animal, gritando como un loco:

—¡Hop! ¡hop!

Argent se deslizó como una flecha sobre el mojado césped de la avenida. Sus ijares temblaban. Los corzos aterridos en el monte se enderezaban tristemente sobre sus helados remos, salían de sus madrigueras y aguzaban el oído.

Tiennet cantaba á grandes voces:

El señor Beltrán (1) decía al inglés:

¡Detente!

¡detente!

Por alcanzarte daría

¡mi cabeza!

¡mi cabeza!

(1) Beltrán Duguesclin.

30136

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925. 1825 MONTERREY, MEXICO

Ninguna voz le respondió; ni aun el eco, ahogado por la lluvia.

Pero Tiennet Blône hubiera atravesado en aquel momento la lluvia de fuego de los egipcios.

Y continuó cantando:

El inglés huyó al oíra.

¡Cobarde!

¡cobarde!

Porque se dijo: el señor Beltrán

¡se enfada!

¡se enfada!

La avenida terminaba.

Las tinieblas se hacían menos densas, porque los árboles del bosque no formaban una bóveda impenetrable.

—¡Hop, pequeño *Argent*, hop!

En el castillo de Ceuil y en el arrabal de Vesvron decían las buenas gentes que Tiennet Blône sabía de todo y que era hechicero.

¿Qué hubieran dicho ¡Dios mío! aquellas buenas gentes de Ceuil y de Vesvron si le hubieran visto correr y oído cantar en aquella noche tempestuosa?

Antes de llegar á la pradera casi no tenía Tiennet más que el tiempo preciso para cantar una copla.

Si el inglés que huía ante el señor Beltrán hubiese tenido un caballo como el pequeño *Argent*, correría aún; mas parece que el pobre inglés caminaba á pie.

Efectivamente, la canción de Tiennet decía:

Mas no siguió muy lejos

su camino,

su camino,

porque el señor Beltrán no padecía

de gota,

de gota.

¡Desgraciado inglés!

La voz de Tiennet, hasta entonces estrepitosa, se extinguió al fin de esta última copla. La extraña sobrecitación de que más arriba hablábamos duró

poco y sus palabras fueron rápidas como el relámpago.

La cabeza de Tiennet se inclinaba sobre el pecho y en su furia acababa de concebir un pensamiento melancólico. Así fué que con dulce acento y casi que jumbroso pronunció sin pensar en ello:

—¡Hop, pequeño *Argent*, hop!

Hendía la sombra una línea blanquecina. Era la inundación. Al mismo tiempo una bocanada de aire hizo que llegase hasta él el ruido del agua, que se deslizaba por la extensa huerta. *Argent* se paró en firme.

No era la primera vez que Tiennet Blône se arriesgaba en tan peligroso viaje. La víspera lo había hecho también.

Mas la víspera nadie se lo había mandado; por su propia voluntad se levantó á la una de la madrugada, cuando todos dormían en el castillo, ensilló á *Argent* silenciosamente en la cuadra, y untó con aceite la llave de la puerta principal para salir sin despertar á los perros. Como al día siguiente, había tomado la dirección de Vitré.

Tiennet era hermoso. A los diez y seis años se hacen estas escapatorias nocturnas. ¿Obedecían quizás á una cita de amor?

No; Tiennet no sabía lo que era el amor. Debía, sin duda, amar, como cada uno durante el curso de la vida; pero su hora no había llegado.

¿Por qué, pues, había forzado á *Argent*, más prudente que él, á sumergir su blanco pecho en la furiosa corriente del Vesvre, caudaloso y ancho como un mar?

Era Tiennet una extraña criatura.

Nadie le conocía bien, y aun él mismo no tenía de sí clara conciencia.

Para los unos era un ser misterioso que sabía—no se podía decir cómo—los secretos de cada cual, y que corría por la noche con un fin que nadie podía adivinar.

Un hechicero.

Para otros, poco observadores del barrio de Vesvron, era un muchacho precoz, impulsivo, bravo como un león, algo más ambicioso que los otros del pueblo, incrédulo de lo maravilloso, que no aceptaba

nunca ciegamente lo desconocido, como sus compañeros: un muchacho, en suma, hecho para el porvenir; es decir, destinado á ser un leguleyo rústico, vicario de aldea ó sargento de infantería.

Se engañaban los observadores del barrio de Vesvron, puesto que no tenían ningún fundamento serio para juzgar á Tiennet Blóne, el cual sentía algo que le impelía á ir adelante. Era una naturaleza privilegiada, prudente y atrevida á la vez. Podía perderse, pero tomando su partido y previendo su caída.

A los diez y seis años que contaba, él, ignorante hijo del campo, se había planteado más de una cuestión que no vislumbran los hijos de las ciudades. Había entrevisto la vida. Porque Dios, que hace del universo un misterio para las cinco sextas partes de las gentes que viven en lo mejor del mundo, da á veces á otros que vegetan lejos del movimiento intelectual la facultad milagrosa de adivinar el gran secreto.

En medio de su virginidad, Tiennet tenía inteligencia prematuramente despierta, voluntad audaz, razón fría y corazón entusiasta.

La opulencia de su naturaleza era como una amenaza terrible ó una promesa espléndida, porque no contenía sus impulsos, que iban á brillar al sol de la vida, ni su vigor, que iba resueltamente á desplegarse, ningún freno ni ninguna dirección.

En el tiempo de las metáforas clásicas se hubiera comparado al robusto mozo con el suelo virgen de los países tropicales, que á la vez alimenta con maravillosa abundancia á los hermosos frutales y á las plantas venenosas.

Al hombre que entra en la vida le es precisa una antorcha para elegir su camino y una brújula para no apartarse de él. De ordinario, esta antorcha y esta brújula es la familia.

Tiennet no tenía familia. Su historia era muy triste y es preciso que el lector la conozca. Puede ser contada en dos palabras.

Había sido criado por el viejo molinero Santos Blóne, del barrio de Vesvron, á quien todo el mundo creía su padre. Santos Blóne era un borracho. Antes de morir, había dicho á Tiennet:

—No has sido feliz conmigo, pequeño. No te amaba mucho, porque no eres nada mío.

Y como se escapase de los labios del pobre Tiennet una exclamación de asombro, Santos Blóne le impuso silencio con un gesto y repuso:

—Así es, pequeño; no eres mi hijo. Déjame hablar antes de que venga el sacerdote, pues entonces me dedicaré á terminar mis asuntos y no á los tuyos. Me encargaron que te cuidara y te he cuidado. Nada me debes, pues yo estoy pagado.

—Pero ¿quién es mi padre?—exclamó Tiennet.

—Te digo que me dejes hablar. De tu padre, á fe mía, no sé nada. De tu madre, tampoco. Pero si quieres informarte, hay una persona que puede decirte algo más.

—¿Qué persona?

—Una señora que vive en Vitré, calle de la Cruz.

—¿Cómo se llama?

—La señora Marion.

Llegó el sacerdote, y Santos murió, dejando por toda herencia algunas deudas en las tabernas de Vesvron.

El molino pertenecía á Juan del Mar.

Al siguiente día Tiennet corrió á Vitré, á la calle de la Cruz, y buscó la casa de la señora Marion, que estaba vacía.

La señora Marion no volvería hasta pasados dos meses.

Esto sucedía en Octubre.

Tiennet volvió muchas veces á Vitré. Un día le dijeron:

—La señora Marion llega pasado mañana.

Por primera vez en su vida, el corazón de Tiennet palpó de temor y de espanto. Volvió al castillo de Ceuil, donde servía al señor Luciano, y esperó.

El Vesvre desbordado cortaba las comunicaciones entre el castillo y el pueblo. He aquí por qué la noche anterior Tiennet había ensillado á *Argent* para atravesar el río.

Quería estar en Vitré al amanecer, á fin de no perder un solo minuto.

Jamás amante alguno sintió tan vivas emociones como nuestro Tiennet durante aquel primer viaje

nocturno. Las esclusas, obstruídas por el hielo, dejaban á la inundación un cauce muy reducido. Tiennet atravesó el lago sin dificultad.

Al amanecer estaba en la calle de la Cruz, ante una casa de pórtico y balcones de hierro, como todas las de Vitré. Preguntó por la señora Marion y le contestó la criada que estaba durmiendo.

—¡Es igual!—dijo Tiennet, que de nada dudaba.—¡Despiértela!

La señora Marion dormía en el primer piso. Tiennet, que se había quedado al pie de la escalera, pudo sin dificultad escuchar la conversación que sostuvieron el ama y su criada.

—Señora—dijo ésta,—hay ahí un joven del castillo de Ceuil.

—¿Del castillo de Ceuil?—exclamó vivamente el ama.—¡Pronto, mi bata de mañana! ¿Sabe usted lo que quiere, Rosalía?

—No sé más que su nombre, señora.

—¿Cómo se llama?

—Tiennet Blóne.

—¡Ah!—dijo la señora cambiando de tono.—¡No es del castillo, sino del molino de Santos Blóne!

—Señora—replicó Rosalía,—había olvidado decirle que Santos Blóne ha muerto durante vuestro viaje.

—¡Ah!—dijo la señora Marion; después añadió con malhumorado tono:—¿Qué me importa todo eso? Dí á ese muchacho que estoy durmiendo y que vuelva... otra vez.

—¿Cuándo?

—Más tarde; dentro de ocho días... ó de un mes.

El corazón de Tiennet Blóne estaba oprimido. Sufría sin saber por qué. La voz de aquella mujer, á quien no había visto nunca, le hacía daño.

Quando iba á bajar la criada, la señora Marion volvió á llamarla.

—Es un lindo muchacho, ¿no es cierto?—dijo con dulce voz.

—Un mozo muy hermoso, señora.

—¡Pobre pequeño! Pero ¿qué me importa? Id, Rosalía, y dejadme dormir.

Quando llegó Rosalía al pie de la escalera, Tiennet Blóne ya había desaparecido.

Los que le vieron volver al castillo le encontraron más pálido que de ordinario; pero su rostro no denunciaba nada de cuanto ocurría en el fondo de su alma.

.....
.....
Tiennet dejó un instante reposar á su caballo y luego le fustigó las orejas con las grandes alas de su sombrero.

—¡Vamos, pequeño *Argent!*—le dijo.—¡Al agua!

El caballo avanzó en la corriente las patas delanteras y el frío le hizo temblar violentamente. Después perdió pie y nadó con esfuerzo en aquel agua turbulenta y cubierta de témpanos de hielo.

No era lo mismo que la noche anterior, que las esclusas cerradas sujetaban la corriente. El agua, que ya tenía amplia salida, se precipitaba con violencia.

A veinte pasos de la orilla *Argent* comenzó á soplar espantado. Tiennet le sujetaba de la brida vigorosamente; pero en vano, pues la corriente era cada vez más fuerte.

Aprovechando la claridad que se iniciaba por Oriente, Tiennet vió que en medio minuto había perdido ya demasiado terreno para llegar á la orilla opuesta en línea recta. Vió también que la crecida había disminuído desde la víspera, pues los manzanos y las hayas empezaban á destacarse sobre la blanca superficie del lago.

Soltó la brida, cediendo por un instante á la violencia de la corriente, y pudo medir con exactitud rigurosa el peligro de su posición. El trance parecía muy peligroso. El caballo, demasiado débil y ya sin aliento, no había penetrado en lo más fuerte de la corriente, que, sin embargo, le arrastraba.

Tiennet se encontraba á unos trescientos pasos del sitio en que el caballo se había arrojado al agua. Llegaba á un recodo del *Vesvre*. Sobre su cabeza se alzaba una especie de promontorio, punta extrema del bosque de Ceuil, que el lector conoce ya bajo el nombre de la *Mestivière*.

Allí era donde, según la acusación de Tiennet Blóne, la linda *Olivette* daba al señor *Fargeau Crehu*

de la Saulays citas en las que no se hablaba de amor.

En aquel sitio era preciso cortar la corriente del río, ó dejarse arrastrar hacia el estanque. Pero entre éste y la Mestivière estaba la presa de Braix, que formaba una cascada de treinta pies de altura.

Por vez primera Tiennet Blône pensó que estaba muy cerca de la muerte.

VI

El pequeño «Argent».

La Mestivière, con su espesa cabellera de espinos en la cima y de árboles corpulentos cuyas raíces salían á tierra, formaba un acantilado cortado á pico de base arenosa, minada por las inundaciones anuales. Era el único punto de la orilla desde el cual podía lanzarse al opuesto, pues, á partir de la Mestivière, el Vesvre se deslizaba alejándose cada vez más de Vitré.

Tiennet no dudó. Animó á su caballo con la mano y con la voz. *Argent* hizo un esfuerzo supremo. Su pecho hendió la corriente casi en línea recta, y durante un instante Tiennet pudo creer que iba á llegar á buen puerto.

Y sin duda hubiera sido así, sin la profundidad de las tinieblas, que de pronto se hicieron mucho más intensas.

Tiennet, echado sobre la crin, quería taladrar la obscuridad, y repetía con voz breve, á sacudidas, sin darse cuenta de que hablaba:

—¡Hop, pequeño *Argent*! ¡Hop, hop!

Ya fuese realidad ó que sus ojos cansados fueran juguete de una especie de espejismo, le parecía percibir los espinos de la orilla, cuando le desmontó una violenta sacudida.

Palideció y gruesas gotas de sudor frío se mezclaron en su frente con las de la lluvia que le calaba.

—¡Un témpano!—murmuró.

Argent continuaba nadando.

—¡Hop!—dijo Tiennet volviendo á montar.—¡Pobre pequeño *Argent*! ¡Llegamos!

Su voz era angustiada, como si hubiera recibido el golpe en el pecho.

Argent era el compañero de Tiennet Blône, que le quería. Por las mañanas había entre ellos, en la cuadra, largos debates. *Argent* respondía á la voz de Tiennet más alegremente que á la misma voz de Luciano. Al oírlo, sacudía su hermosa crin, blanca como la nieve, se acercaba á Tiennet cariñosamente y frotaba su fina cabeza en la espalda del joven. En la mano de Tiennet era donde comía su primer puñado de avena.

Luego, en pelo, sin silla ni arnés, Tiennet saltaba sobre el lomo del animal. Y *Argent*, ¿cómo sonaba los cascos en las piedras del patio haciendo saltar chispas! ¿Cómo corría, cual un corzo, á lo largo de las grandes alamedas, sobre el mojado césped!

¡Oh locuras! Tiennet y *Argent* sudaban; el primero se desayunaba al pie de un árbol, y el segundo revolcábase entre la crecida yerba, sembrada de margaritas y de amapolas.

Tiennet pensaba Dios sabe en qué. *Argent* revolcábase como un potro jugueteón que no ha sentido aún el hierro candente sobre el callo virgen de sus cascos.

Tiennet no tenía padres ni hermanos, ¡ay! ni una hermana, tesoro inapreciable y casi de tanto valor como una madre.

¡Tiennet estaba solo, completamente solo!

Salvo el señor Luciano, que le profesaba algún afecto, no tenía ningún amigo. Su amigo era *Argent*, el hermoso *Argent*, el rápido *Argent*, que cortaba el viento como una flecha.

¡Oh, pobre *Argent* y pobre Tiennet! El témpano que hería á *Argent* en el pecho hería á Tiennet en el corazón.

Su mano acarició dulcemente el mojado cuello del caballo y se inclinó más á fin de escuchar entre los

ruidos del río, del viento y del chubasco si *Argent* se ahogaba ó se reponía, repitiendo maquinalmente:

—¡Llegamos, *Argent*, llegamos!

¡Dios mío! Los espinos, que antes habían alegrado su vista, parecían alejarse y huir. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, no veían más que la espuma blanquecina de las aguas que se agitaban vagamente, daban vueltas y pasaban.

Argent continuaba nadando; pero sus movimientos no tenían la regularidad que imprime la fuerza: sus piernas azotaban el agua convulsivamente, y su cabeza se erguía huyendo de la espuma con una especie de horror.

—¡Pobre *Argent*!—decía Tiennet Blóne, como esas madres que hablan inconscientemente inclinadas sobre la cuna de su querido hijo que lucha con las ansias de la agonía.—¡Pobre *Argent*! ¡Llegamos, Dios mío, llegamos!

Mas no era cierto, y Tiennet lo sabía bien. No veía más que la noche oscura y el torbellino de espuma que no tenía fin. Se oía la cascada de Braix, cuyo ruido se aproximaba por segundos. No había duda: caballo y jinete eran arrastrados por la corriente.

Tiennet decía:

—¡Animo, pequeño *Argent*! ¡Un poco de valor!

Y el valiente animal, como si hubiese comprendido el ruego de aquella voz querida, redoblaba sus esfuerzos.

Sobrevino un segundo choque. *Argent* retrocedió; su pecho exhaló un quejido y su cabeza no podía ya sostenerse sobre el nivel de las aguas.

Tiennet Blóne se arrojó á nado.

¡Pobre *Argent*! Entonces era Tiennet el que se esforzaba, porque *Argent* no podía más.

Tiennet se cogió de la brida y nadaba, intentando arrastrarse hasta la orilla, que ya se veía, pues empezaba á amanecer y una vaga claridad rasgaba las nubes. Se la veía. Estaba allí, muy cerca. Mas también estaba muy cerca el salto de Braix, cuyo estrépito dominaba todos los demás ruidos.

Argent tendía el cuello, forcejeaba, impotente, herido, privado del resuello, rendido.

Transcurrió un minuto, que fué tan largo como un

siglo, y durante el cual Tiennet hizo prodigios de valor y de energía. Cuando hubo transcurrido, Tiennet comprendió bien que arrastraba tras sí un cuerpo inerte y casi sin vida.

El salto estaba á veinte pasos de él.

Con un postrer esfuerzo arrastró á *Argent*, que ya casi no luchaba; le rodeó los brazos al cuello y le besó tan tiernamente como á un hermano á quien para siempre se abandona.

—¡Adiós, *Argent*!—dijo.—¡Adiós, mi pobre pequeño *Argent*!

Gruesas lágrimas surcaban su rostro. Su corazón estaba traspasado.

Argent intentó relinchar: fué como el hipo de la muerte.

Tiennet soltó la brida, la corriente le impelió y Tiennet le vió desaparecer en la espuma de la cascada.

El abundante follaje sembrado de blancas margaritas, las carreras locas al alegre sol, ¡adiós para siempre!

—¡Pobre amigo mío! ¡Ay! ¡Adiós, amigo!

Algunos minutos después, Tiennet tomaba tierra sobre el césped á quince ó veinte pasos de la orilla. Amanecía.

Detrás de él, la inundación, que sin cesar iba disminuyendo, extendía sus aguas más furiosas á medida que se estrechaban.

La Mestivière se divisaba en lo alto, ocultando el castillo de Ceuil, que estaba al otro lado del bosque.

En la travesía, Tiennet había dado, á su pesar, la vuelta á la montaña.

Ante él, y próximamente á una legua escasa, aparecían confusamente los campanarios de Vitré, la vieja y extraña villa.

Tiennet se enjugó los ojos y coordinó sus ideas, confusas por la lucha que acababa de sostener.

Iba á Vitré por mandato del señor Luciano, el único hombre de quien de buen grado recibía órdenes. Iba allí á buscar un médico para Juan del Mar, que se encontraba en peligro de muerte.

El señor Fargeau le había dicho por dos veces que buscara al doctor Morin, que era efectivamente ami-

go de la casa. El señor Luciano le encargó una sola vez que llevase al doctor Meaullé. La elección no era dudosa. El señor Fargeau no le agradaba.

A medida que el día avanzaba se limpiaba el cielo de las pesadas nubes, disminuía la lluvia, y cuando Tiennet llegó al pie de la colina cónica sobre la cual se levantan sus casas del tiempo del diluvio, un rayo de sol alumbró de arriba abajo la extraña ciudad, dorando los extremos de los campanarios y las veletas de sus palomares.

Vitré es una ciudad arqueológica que alcanzaría un precio fabuloso si pudiera exhibirse en la tienda de un anticuario.

En sus calles, estrechas y marcadas con el sello del más puro romanismo, se espera siempre encontrar caballeros jurando por *la muerte de Dios*, monjes de cogulla, criados con pantuflas, roja la derecha y azul la izquierda, truhanes y ramerías con todo un séquito de beatos.

Porque Vitré, según la crónica de Laval, permanece adormecida en el fin de la Edad Media, en un sueño de trescientos ó cuatrocientos años. Ahora sus casitas, sus pórticos, sus hoteles con balcones de hierro forjado, sus solares de hidalgos de aldea, sus iglesias, sus burgueses, sus grandes señores de mil escudos de renta su pueblo, etc., son buenamente gentes y cosas del tiempo pasado relegadas al olvido.

Esto era ayer; pero de la noche á la mañana un soplo desconocido ha alterado este sueño cuatro veces secular. Vitré ha despertado, restregándose los ojos pasmados y mirando á Paris arrastrado por una locomotora..

Como Tiennet Blóne no conocía otra ciudad que Vitré, cruzó sin emoción alguna sus respetables plazas y sus calles, que olían á mohó.

Llegó con paso rápido al barrio en que habitaba el doctor Meaullé, designado por el señor Luciano, y llamó decididamente á la puerta. Fué necesario que el doctor Meaullé se levantara apresuradamente y partiera lo mismo, pues Tiennet no se avenía á razones.

En cuanto al doctor Morin, tan calurosamente recomendado por el señor Fargeau, parecía que Tiennet no tenía gran prisa en enviarle á Ceuil, porque

al salir de casa del señor Meaullé se dirigió resueltamente á la plaza principal, donde se sentó en un viejo banco de piedra y apoyó la cabeza entre las manos.

¿Pensaba en el pobre *Argent*, cuyo cadáver seguiría el dilatado curso del Vesvre? En el extremo de la plaza principal estaba la calle de la Cruz y enfrente del banco en que se sentaba Tiennet Blóne se elevaba la vasta y antipática morada de la señora Marion, la mujer que sabía el nombre de su madre.

VII

El Gran Café de la Industria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Agda. 1625 MONTERREY, MEX.

El Gran Café de la Industria, que en 1828 gozaba los favores de la moda en Vitré, estaba situado en la calle de París, algo detrás del castillo.

Era un soberbio establecimiento, que tenía cuatro ventanas en la fachada, revocada cuidadosamente, y que ostentaba como muestra dos tacos de billar en forma de aspa atados con una cinta amarilla. En la parte superior del aspa dos bolas estaban representadas con exquisito arte. A la izquierda había una botella, también perfectamente pintada, y un vaso á la derecha.

El vaso y la botella, separados por los dos tacos, las tres bolas y la cinta se comunicaban, sin embargo, entre sí, pues lo había querido de ese modo el genio del artista ejecutor. De la botella descorchada salía con furor un raudal de espuma, que pasaba por encima del trofeo y, sin que se perdiera una gota, iba á caer en el vaso.

Sobre el trofeo se leían estas palabras:

GRAN CAFÉ DE LA INDUSTRIA
DE LA VIUDA RAGÓN

VENDE VINO, AGUARDIENTE, CERVEZA Y LICORES

El vitrés, ó para hablar más correctamente, el *vitrés*, es maligno de nacimiento, como en general todos los franceses. Todos saben que en Francia el público se venga de la fama que voluntariamente concede. Los parroquianos del Gran Café de la Industria, desnaturalizando espiritualmente el nombre de la señora viuda Ragon, la llamaban *mamá Rogome*, pero á hurtadillas y cuando ella no podía oírlo.

Todo vitrés *distinguido* iba á casa de *mamá Rogome* por gusto y por tono, pues *mamá Rogome* era el Tortoni vitrés.

Las cuatro ventanas del Gran Café de la Industria estaban adornadas con cortinas de algodón rojo, deslucidas por el sol. Entre las cortinas y los polvorientos cristales había frascos de guindas en aguardiente y botellas de cristal blanco con etiquetas iluminadas, que encerraban productos exquisitos, desde el *perfecto amor*, á que son tan aficionadas las mujeres bretonas, hasta el *elixir de las bellas*, debilidad de los oficiales.

He aquí el exterior. El interior aún era más notable y se componía de dos piezas de bastante amplitud, pero con poca luz, y cuya atmósfera raramente se renovaba. La habitación de entrada servía de mostrador: allí era donde estaba la viuda Ragon en todo el brillo de su deslumbradora soberanía.

La viuda Ragón era una hermosa mujer de cuarenta años, roja, bien conservada y de una gordura prodigiosa.

Todos los adolescentes de Vitrés pensaban en ella, que tenía á raya á todo el mundo, excepto—decía la crónica—al señor Aristides Berthelleminot de Beaurepas, caballero del Aguila amarilla de Suabia y *rentista*; palabra que subrayamos porque tiene en Bretona un significado enteramente fantástico, que ya explicaremos.

En aquella primera habitación no había más que banquetas de paja y mesitas de roble, relucientes por el frotamiento de los codos. En torno de las paredes había colgados seis cuadros iluminados que representaban las aventuras de Matilde y Malek-Adel.

La segunda sala, que era *el billar*, tenía las paredes

húmedas, algunos quinqués humeantes y un pavimento que ensuciaba el calzado.

El mismo billar era un pesado armatoste con un paño usado y seis grandes troneras, en las que podía entrar cómodamente una granada de á ocho.

Los grabados de la sala de billar representaban las cuatro partes del mundo: Europa, Asia, Africa y América.

Eran próximamente las diez de la mañana. La viuda Ragon acababa de tomar su segunda sopa.

El Gran Café de la Industria comenzaba á llenarse.

El señor Morin, el célebre médico, leía *La Bandera Blanca* en su mesa de costumbre; el señor Besnard, hombre de negocios, tomaba una copa de aguardiente mientras compulsaba sus notas.

El joven Guerineul jugaba una partida de billar con Romblon, el hijo mayor de la casa Romblon, padre é hijos.

Romblon padre fumaba y meditaba en un rincón. Cerca de él, el notario rural Menand joven daba vueltas á su bastón en espera de asuntos.

En una mesa vecina dos propietarios del barrio, uno viejo, llamado Houel, y otro de mediana edad, de nombre Maudreuil, tomaban chocolate y hablaban en voz baja.

—Es una falsa alarma—decía el viejo Houel;—mas he ahí al señor Morin, su médico, que está leyendo el periódico.

Maudreuil movió la cabeza con aire de importancia.

—Amigo y primo—dijo,—nuestro amigo y primo Juan Crehu de la Saulays es un tuno de tomo y lomo, vos lo sabéis. He aquí á nuestro primo y amigo el joven caballero de Guerineul, que no ha venido á humo de pajas: espero que estaréis conforme conmigo. Por otra parte, nuestro amigo y primo Juan Crehu tiene ochenta y dos años cumplidos.

—Es cierto—interrumpió Houel,—y eso me envejece.

—¡Oh!—dijo Maudreuil mirando de alto á bajo al heredero.—Usted aún está fuerte, mi primo y amigo. Mas dejadme decir que tengo constante miedo de que esa jovencita, la ciega, sea instituída legataria universal.

—¡Vamos!—exclamó Houel.—¡La pequeña Berta! ¡Más de un millón de fortuna!

Los ojos de Maudreuil, apodado *Primo y amigo* por los que tenían el honor de tratarle, brillaron detrás de sus antiparras.

—¡Sí—repitió,—más de un millón! ¡Gozo en pensar lo! Lo que me tranquiliza un poco es que nuestro primo y amigo el digno Fargeau debe de cuidar...

—¿Sus intereses?—interrumpió el viejo Houel.—Podéis jurarlo, Maudreuil.

—Sus intereses son los nuestros.

El viejo movió á su vez la cabeza.

—¡Dios sabe lo que sacaremos de este asunto!—dijo.

—En todo caso, un viaje no sería del todo inútil.

Había terminado su taza de chocolate: se levantó, lo mismo que Maudreuil, y ambos se dirigieron hacia la mesa del doctor Morin. Maudreuil era un muchachote flaco y avispado, de natural noble, arruinado hasta el cuello y que vivía de esperanzas. Houel era un viejo pequeñito, viudo sin hijos, que gastaba alegremente sus dos mil francos de renta, saneados y limpios de todo impuesto.

El doctor Morin era de agradable figura y aire discreto.

—Y bien, señor doctor—dijo Maudreuil acercándose,—¿nos da usted noticias de nuestro respetable primo y amigo el señor Crehu de la Saulays?

—Señor Maudreuil—respondió Morin soltando el periódico,—le ofrezco mis respetos. El liberalismo hace progresos espantosos, caballero.

—¡Bah!—repuso *Primo y amigo*.—Señor doctor, yo me burlo del liberalismo como del gran mogol.

—Porque no lee usted *La Bandera Blanca*, querido. La guerra de Turquía es mala en principio. ¿Por qué diablos hemos de mezclarnos en ella?

—Pero, doctor, el señor Crehu de la Saulays...

—El señor Crehu tiene ideas liberales, muy liberales. Y en cuanto á saber noticias, ¿usted cree que tengo alas para atravesar la inundación? El señor Crehu nos enterrará á todos. ¡Acuérdese de lo que le digo!

Maudreuil trató de sonreír; pero en realidad no fué la broma muy de su agrado.

—¡Trueno de Lauderneau!—exclamó el joven Guerineul en la sala vecina.—¡Has dado pifia, Romblon, ó que el Diablo me lleve!

—No he dado pifia por un poco, Guerineul—replicó Romblon;—cuando pierdes, te das siempre á los diablos.

—¡Te digo que has dado pifia!

—¿Yo?

—¡Sí!

—¡Vive Dios!

—¡Vamos, da los diez sueldos y no llores!

Aquí terminó la conversación. Pero se oyó un ruido seco. Era el taco de Guerineul, que había caído algo bruscamente sobre la cabeza de Romblon hijo.

Este había desviado el golpe. Sobrevino un combate, en el cual los tacos se rompieron y los asientos volaron por el aire. Asia quedó rota y América recibió más de un bolazo.

La viuda Ragon se interpuso para defender su mobiliario.

Pero Romblon padre ya se había anticipado, cogiendo del cuello á su hijo y al joven Guerineul.

—¡Vamos, déjenos, papá!—dijo Guerineul.—¡Yo he tenido la culpa, pero Fifi Romblon no debió olvidar que soy gentilhomme!

—¡Esas son las consecuencias de jugar diez sueldos!—refunfuñó la viuda Ragon.

—¡Vamos! ¿Prometéis ser prudentes?—preguntó el viejo Romblon.

—Sí, papá—respondieron á la vez los dos jóvenes.

Romblon los soltó y ellos se dieron un apretón de manos riendo.

El viejo Romblon era un hombre de elevada estatura y espaldas de Hércules, que tenía una selva de cabellos canosos. Llevaba una chupa á lo aldeano, de piel de lobo.

Su hijo, por el contrario, vestía de dandy vitriés.

El padre Romblon ostentaba sobre su cuerpo de atleta un rostro de normando fino y moreno. Habitaba en el país hacía unos diez años, y se dedicaba á toda clase de comercio. Procedía, decían, del Ronenais.

El hijo tenía buena figura, alegre y espiritual, que

contrastaba con el aire desaseado y soberanamente necio de su pariente el caballero de Guerineul.

En cuanto á Menand joven, el notario, cerca del cual se sentó el papá Romblon, no se cansaba de morder el puño de su bastón.

Aunque hermano menor de un boticario, Menand joven no tenía orgullo.

Sus amigos íntimos le habían apodado *La Alcachofa*. Además le gustaba mucho la cebolla, cuyo olor le perfumaba constantemente.

Hemos querido consagrar diez líneas á Menand joven, el notario, antes de narrar acontecimientos de la mayor importancia que solicitan nuestra pluma.

Nuestro drama es tan sombrío, que volvemos los ojos en torno nuestro sonriendo para cobrar alientos.

Vamos, pues, á entrar de lleno y de grado ó por fuerza en el torbellino de sus peripecias.

Digamos á nuestra pluma como Tienet Blóne decía al pobre pequeño *Argent*: ¡Hop! ¡hop!

A Menand joven, Guerineul, los Romblon, Fargeau el rubio, el doctor Morin, el hombre de ley Besnard, Berta la ciega y la vivaracha Olivette, á todos estos protagonistas del JUEGO DE LA MUERTE y á otros más los veréis bailar una terrible zarabanda.

VIII

El señor Berthelleminot de Beaurepas.

Romblon, padre é hijo, papá Romblon y Fifi Romblon eran de la *buená sociedad* de Vitry.

Lo que no impedía que estuviesen mal reputados entre las personas de ambos sexos *comm'il faut y distinguidas*.

En provincias, y en Bretaña sobre todo, las opiniones están más radicalmente divididas que en París, aunque se confundan las clases.

El principal café de una ciudad es casi siempre terreno neutro, donde todo el mundo alterna. Para ir á la separación de clases, principalmente entre jóvenes, sería preciso hacer vida de ermitaño. Todos viven reunidos, pues no son bastantes para hacer una selección.

Los Romblon ocupaban en la villa una posición sumamente dudosa; sin embargo, nadie los excluía.

Y además, tenían dinero.

En París no se concede al dinero ningún prestigio. En provincias, por el contrario, se le reconoce sin trabas de ninguna clase, con franqueza, y hasta casi diríamos que con descaro.

Guerineul pagó diez sueldos por la partida perdida y cinco por las copas rotas. Saldada la cuenta, Guerineul pasó á la primera habitación.

—¡Oh!—dijo al entrar.—¡Señor Houel, vive Dios, y mi primo de Maudreuil, cuernos de Lucifer! ¿Es que Juan del Mar está decididamente en las últimas?

—¿No ha oído usted hablar de eso?—preguntó vivamente *Primo y amigo*.

—¡Demonio!—exclamó Guerineul.—Crea que iba usted á enfadarse. Si Juan del Mar ha muerto, que Dios le bendiga: á todos ha de llegarnos la última hora. Me parece que ya ha tenido tiempo de vivir. Mas ¿por eso está usted aquí?

Primo y amigo enrojeció ligeramente.

—Estoy aquí—murmuró—por el interés, mi joven primo y amigo, que me inspira nuestro respetable primo y amigo.

—¡Bien, bien!—interrumpió Guerineul.—Hace usted bien, ¡vive Dios! A cada cual le está permitido velar por sus asuntos. Y puestó que el viejo Juan Crehu de la Saulays está á la muerte...

—Esperamos lo contrario—dijeron á un tiempo Houel y Maudreuil.

Guerineul se echó á reír.

—¡Voto á!...—exclamó expresando sencillamente en su grosera franqueza el secreto pensamiento de cada uno.—Se siente á los padres; pero á un primo viejo como Herodes y seco como un palo, ¡vamos! ¡Madame Ragon, un vaso de aguardiente!

Besnard, el hombre de negocios rural y el doctor

Morin se habían mirado varias veces á hurtadillas durante esta escena. Morin había dejado á un lado su *Bandera Blanca* y Besnard no consultaba su cuaderno de notas.

Había audacia y cierta inteligencia en el rostro redondo de Besnard, que aún era joven, vestía mitad como aldeano y mitad como burgués y parecía habituado á buena vida.

Los aldeanos de las cercanías de Vitré son amigos de pleitear, como todos los aldeanos del mundo, y Besnard, hombre de ley, ajeno á todo pudor y que no buscaba más que pleitos y chanchullos, tenía una reputación de primer orden.

—¡Ah!—murmuró al oído de Morin.—¿Se entera usted de lo que dicen esos presumidos?

El doctor se encogió de hombros tranquilamente.

—Esas cosas no se inventan—repuso Besnard,—y si en ello hubiese algo de verdad...

—Fargeau me hubiera avisado—empezó á decir el doctor.

Mas la voz de Romblon hijo le interrumpió diciendo:

—¡No, no! Parece que el mensajero no se ha ahogado; pero han encontrado el cuerpo del caballo en el lago del Brehaim. Un hermoso animal, á fe mía, que mi padre había vendido á Luciano de la Saulays.

—¡*Argent!*—exclamó Guerineul.—¡Vive Dios, una verdadera alhaja! ¡Vaya una desgracia!

—Papá le venderá otro al señor Luciano—replicó tranquilamente Fiff Romblon.—Lo que yo quería decir es que le montaba esta noche un grandísimo animal.

—Vaya, señor Romblon—preguntó el doctor con cierta solemnidad,—¿usted cree que á pesar de la inundación ha venido hoy á Vitré un mensajero del castillo?

—Sí—replicó Fiff,—y el doctor Meaullé ha partido para Vesvron.

—Piénselo usted bien, primo y amigo—dijo Maudreuil al viejo Houel:—una visita al castillo de Ceuil me parece que sería de la mayor importancia.

Houel parecía indeciso.

—Es que—murmuró—si el valiente hombre vive aún, hará que nos pongan á la puerta.

—Pues bien—replicó Maudreuil, -- esperaremos fuera.

Estas palabras, comparables á las más enérgicas respuestas de la historia antigua y que recuerdan el *hierre, pero escucha* de Temístocles, prueban hasta qué grado de heroísmo puede llevar el afán de las herencias.

El doctor Morin tomó su bastón y su sombrero y se levantó; después volvió á sentarse visiblemente turbado.

—¿Qué significa esto?—refunfuñó.—¡El doctor Meaullé, un pollino, un salvaje, una cuba!

—Esto quiere decir—replicó Besnard apretándole el brazo—que es preciso pasar el río en seguida, señor Morin.

—¡El doctor Meaullé! ¡Un ostromodo! ¡Un alcaraván! ¡Un idiota!

—Es un golpe de Luciano—dijo Besnard.—Creedme: pasad el río, no haya hecho testamento *in articulo mortis* y la ciegucecita se quede con una renta de cien mil libras.

El doctor permaneció absorto.

—¡Meaullé!—repetía.—¡Meaullé!

Maudreuil, por su parte, se hallaba poseído de la fiebre de heredero que insensiblemente iba apoderándose del mismo viejo Houel.

Menand joven, el notario, había prestado oído á la palabra *testamento*; pero era un hombre discreto que mejor prefería comerse el puño de su bastón á pronunciar una sola palabra.

El joven Guerineul y los dos Romblon fumaban fraternalmente en torno de una botella de aguardiente.

El viejo Romblon parecía no pensar nada más que en su copa y gozar de la tranquilidad más perfecta. Sin embargo, de cuando en cuando hubiera podido observarse que sus ojillos grises sombreados por enormes cejas dirigían una especie de rápida y cautelosa inspección hacia la mesa donde el médico y el hombre de ley hablaban en voz baja.

La casa Romblon, padre é hijo, vendía caballos y

bueyes; pero también se dedicaba á otra porción de comercios. La opinión general era que el viejo Romblon, por una buena suma pagada al contado, facilitaba hasta la Luna á quien quisiera comprarla. Lo que quería decir que el buen hombre tenía toda clase de cuerdas en su arco.

Y en efecto, se sabía que varios propietarios de la Mayenne, Ille-et-Vilaine y Sarthe habían abonado á los Romblon la prima para preservarse de los incendios epidémicos que desolaron los departamentos del Oeste en los últimos años de la restauración.

Con este motivo circulaban los más contradictorios rumores. Se decía que los Romblon servían así al comité liberal, el cual pagaba á los incendiarios.

Por otra parte, se decía que la policía incendiaba ella misma las propiedades y que los Romblon daban parte á la policía.

Se decía, por último, que todo aquello era debido á ciertas empresas parisienses que empezaban á constituirse bajo el nombre de Compañías de seguros, y, según esta versión, los Romblon eran los agentes de dichas Compañías.

De todo esto nada absolutamente se había probado. Pero el rumor público daba á los Romblon una celebridad misteriosa, suponiéndolos capaces de todo.

Y ellos eran los únicos en el país que se atrevieron á acometer ciertos negocios que la civilización hace cada día más raros, pero que se hacen y se harán siempre, mientras haya en la tierra herencias opulentas y en torno de estas herencias Fargeau, Morin, Besnard, etc., etc.

Probablemente era uno de estos asuntos lo que fraguaba el buen hombre Romblon, en tanto que bebía aguardiente á pequeños sorbos.

De toda la conversación del médico con el hombre de ley no había podido oír más que una palabra: *la ciega*. Pero esta palabra bastaba; adivinaba el resto.

El doctor Morin y Besnard, el hombre de ley, habían bajado la voz más aún y hablaban con viveza.

Una vez la mirada de Besnard se cruzó con la del viejo Romblon, que bajó la cabeza sonriendo con malicia y se puso á beber.

—¡Fargeau no se atrevería nunca!—dijo Besnard en aquel momento.—Y la prueba es que ese viejo taimado, desde allí (y señalaba á Romblon) os mira á veces con un aire que hace temblar.

—¿Ama Berta á Luciano?—preguntó el doctor.

—¡Como una loca! Pero si Fargeau no es valiente, tiene ideas, pequeñas, muy pequeñas y verdaderamente negras. Ha preparado toda una comedia que casi no tiene sentido común, pero que puede salir bien.

—¿Qué comedia?

—Ya se lo explicaré.

El viejo Romblon, sin embargo, pensaba: ¡Creo que tendremos nuestra parte en esta herencia!

—¡Voto á Cristo!—exclamó el joven Guerineul.—¡Aquí se aburre uno soberanamente! He allí á mi primo y amigo Maudreuil, que habla bajo con su amigo y primo Houel; el doctor y Besnard hablan entre dientes de no sé qué hace más de una hora; la *Alcachofa* se come el puño de su bastón, y el viejo Romblon rumia; Fifi cierra los ojos. Diga, señora Ragon, ¿quiere usted divertirse un poco?

—¿Por qué no, señor *Filis*?—dijo.

Porque Guerineul se llamaba de nombre Félix. Y lo mismo que Eugenio se dice Ufene en nuestra buena ciudad de París, en Vitré Félix se pronuncia Filis.

Oírse llamar por su nombre de los propios labios de una viuda de buen color, gruesa y bien conservada era para inspirar orgullo á Guerineul.

—Pues bien—dijo levantándose para acercarse á la señora Ragon,—entretengámonos, porque el señor Berthelleminot se retrasa.

El rostro sonriente de la hermosa viuda se obscureció al punto.

—¡El señor Berthelleminot tiene sus asuntos!—replicó con aire picado.

—El señor Berthel-le-mi-not de Beure-pas—deletró Guerineul, dividiendo cada sílaba.—¡He aquí un valiente que tiene un nombre agradable!

—No más desagradable que Guerineul—dijo la señora Ragon, cuyo rostro se animaba, y eso que nunca había pasado por ser muy sufrida.

—¡Vamos, mamá Ragon, no nos enfademos! Se ha-

blaba del señor Berthelleminot porque Fifi Romblon decía antes que había partido.

—Decía la verdad el señor Romblon, Guérineul.

—¿No me llama usted más Filis? ¡Bien! ¡Cómo ha de ser! El señor Berthelleminot ha ido á buscar prestados sesenta mil francos para explotar un bosque maravilloso y ganar cien millones en seis meses.

—¡El señor Berthelleminot tiene crédito, señor Guérineul!

—¿De verdad, señora Ragon?

—El señor Berthelleminot encontraría prestados sesenta mil francos, y el doble, y el triple, señor Guérineul.

La conversación se animaba. La voz de la viuda se hacía agría como una manzana verde.

—¡Oh, oh!—dijo imprudentemente Guérineul.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó la señora Ragon poniendo los brazos en jarras.

—Quiero decir que yo no le prestaría ni el triple, ni el doble, ni sesenta mil francos, ni sesenta mil sueldos.

—¡Lo creo, señor Guérineul!—repuso la viuda.

—¿Y qué quiere decir lo creo, señora Ragon?

—Quiere decir, señor Guérineul, que usted no tiene sesenta mil francos, ni sesenta mil sueldos, ni sesenta mil céntimos.

A fe mía, las respuestas vitreses pueden carecer de aticismo y de finura, pero azotan firme y duro.

El joven Guérineul giró sobre sus talones y se puso á silbar una canción, en tanto que la señora Ragon, digna y fiera, se gozaba en su victoria.

Lo extraño es que la lucha no había tenido juez de campo. Todos los parroquianos del Gran Café de la Industria parecían cada vez más preocupados. Fifi Romblon y su padre, aprovechando el alejamiento de Guérineul, hablaban en voz baja. En cuanto á Menand joven, se había dormido después de devorar las borlas de su bastón.

Fué el instante en que el señor Berthelleminot de Beaurepas, gentil hombre turenés, caballero del Aguila amarilla de Suabia y *rentista*, hizo su entrada en el Gran Café de la Industria, del cual era, sin discusión, uno de los más bellos ornamentos.

El señor Berthelleminot de Beaurepas era...

—Mas ¿á qué describir á este hombre de bien?

Tú, lector, le has conocido tanto como á ti mismo.

Una ú otra vez le habrás tomado sus acciones; esas buenas acciones que reeditúan el 150 por 100 de interés, más los dividendos.

No es un Roberto Macaire. ¡Dios mío! ¡El señor Berthelleminot un Roberto Macaire!

Es un apóstol, un *rentista*.

Si hubierais oído la declamación de la viuda Ragon al pronunciar la palabra *rentista*, sabrías que las tres sílabas de este sustantivo encierran promesas suaves y honradas embriagueces.

A la palabra *rentista* unid el nombre Berthelleminot, y decid con sinceridad de conciencia lo que puede negarse á un cristiano que se firme Berthelleminot, *rentista*.

Berthelleminot de Beaurepas.

Es muy cierto que hay predestinaciones, y un nombre puede ser un regalo del Cielo.

Testigo de ello Berthelleminot.

Cualquiera puede llamarse Berthot, Berthelot y hasta Berthellemot.

Pero Berthelleminot es ya el superlativo.

En eso hay un concierto industrial. Bajo tal nombre, las acciones, los cupones, tienen vagas armonías. Es como un lejano coro de divinidades que presiden las minas, los canales, el betún, las Cajas de ahorro y los empréstitos extranjeros.

Berthelleminot merecía su nombre.

Berthelleminot, el explotador de las landas, el *plantador* de árboles filonebráseos, el extractor de aceite mineral, el fundador del *Arco Iris*, periódico de especuladores sin capital; el inventor del papel vegetal y de los tejidos de hilo de la Virgen; el padre del nabo piramidal, el padrino del líquido Berthelleminohidroleibol para la conservación de los sombreros mecánicos; Berthelleminot de Beaurepas, natural de Turín, en Turena, que nunca había sufrido una prisión correccional.

Químico distinguido, naturalista eminente, economista sin igual, filántropo digno de respeto, agricultor, horticultor, geólogo, jurisconsulto, perito en

arquitectura, notable dibujante, políglota, sabiendo en caso de necesidad cantar una romanza y tocar el piano, fisonomista, profundamente versado en la ciencia metalúrgica, inteligente en caballos y condecorado con una honrosa orden: he aquí cuanto era Berthelleminot en 1823, y aún no contaba más que cuarenta y siete años.

El día en que escribimos... Pero no conviene anticipar los sucesos.

En lo físico era un hombre hermoso, como es fácil suponer; tenía talla aventajada, aire gentil, blancas manos adornadas con multitud de anillos (encantadores recuerdos), ancha frente, flanqueada por dos bucles de cabellos peinados hacia las sienes; orejas finas y bien modeladas, nariz delgada, muy parecida á una cimitarra árabe, sobre la cual lucía sus anteojos de oro; boca bellísima que mostraba al abrirse irreprochable dentadura.

¡Y qué elegancia! Fijaos en su traje azul, en su sombrero gris; fijaos en su chaleco de terciopelo, en el cual brillan los dijeos de su cadena.

No os asombréis, pues, de que la viuda Ragon consagrara á aquel hombre extraordinario un sentimiento romántico.

Diremos además que el señor Berthelleminot de Beaurepas figuraba entonces á la cabeza de la gran Compañía anónima *El Argonauta*, constituida para la explotación de las selvas caucásicas.

Había comprado por una suma insignificante ciento treinta mil fanegas de terreno, y trataba de darles salida en una zona en que el azar hacía que no hubiera ni caminos, ni canales, ni ríos, ni hombres, ni caballos.

Por lo demás, en aquella zona no faltaba nada del mundo, y Berthelleminot la comparaba al Paraíso terrenal.

Para adquirirla era preciso poseer sesenta mil francos, suma en verdad insignificante ante la certeza de que habían de producir cien millones de escudos.

Pero Bretaña es pobre y mostraba repugnancia á dejarse enriquecer por aquel bienhechor de los hombres.

¡Sesenta mil francos! ¡Dudar para tal cantidad! ¡Sólo nos inspiran tales gentes indignación y lástima!

El señor Berthelleminot de Beaurepas penetró en la primera sala del Gran Café de la Industria con el gesto supremo que le era propio. El corazón de la señora Ragon palpó dulcemente bajo las ballenas de su inmenso corsé.

Le era á la viuda muy difícil enrojecer; pero sus ojillos chispearon y una emoción agradable, conmovedora y graciosa estremeció toda su persona.

Cuando el Sol aparece en el horizonte, la rosa de la mañana se abre en una divina sonrisa.

La viuda Ragón era la rosa, y el señor Aristides Berthelleminot de Beaurepas, caballero del Águila amarilla de Suabia, rentista, era su sol radiante.

IX

Mamá Rogome.

El señor Berthelleminot de Beaurepas entró como nunca hubieran entrado Romblon padre, ni Romblon hijo, ni el joven Guerineul, ni aun el mismo *Primo y amigo*, que había hecho sus estudios en Rennes hasta la retórica, ni Besnard, el hombre de ley titulado, ni el político doctor Morin, ni la *Alcachofa*, Menand el joven.

La educación no enseña ese aire vencedor, esa distinguida sonrisa de los hombres medio calvos, que llevan cuellos de pajarita: eso solamente lo da Dios.

Berthelleminot levantó con una mano su sombrero y llevó la otra hacia su cadena.

—¡Buenos días!—dijo, saludando desde lejos con gracia á la viuda.—¡Buenos días, hermosa dama; buenos días, buenos días!

Y besó la mano, de relativa limpieza, de la señora Ragon.

Después agitó el sombrero y repuso:

—¡Buenos días, señor Madreuil! ¡Señor Houel, buenos días! ¡Buenos días, señor Besnard! ¡Señor Morin, buenos días! ¡Querido Romblon, buenos días! ¡Buenos días, señor Guerineul!

—¡Cuerpo de Dios! ¡Buenos días, una vez por todos, señor Berthelleminot!—contestó ásperamente Guerineul.

Berthelleminot miró por debajo de sus lentes, y buscó si en el café había otra persona á quien pudiese dirigir sus ¡buenos días!

—¡Qué brusco es ese señor Filis!—dijo la señora Ragon.

La brusquedad del señor Filis le permitía apreciar mucho mejor la bella amabilidad de Berthelleminot. Acaso la entrada del rentista no produjo el efecto debido, ya porque los naturales del país de Vitré no supiesen apreciar las relevantes cualidades de aquel hombre asombroso, ya porque se creyesen rebajados ante sus méritos.

Además, sabemos que cada uno de los parroquianos presentes tenía en aquella ocasión preocupaciones de alguna gravedad, excepto la *Alcachofa* que dormía con el bastón en la mano.

La viuda Ragon dispuso para Berthelleminot un asiento junto al mostrador, y en seguida preparó con mano experta un vaso de vino blanco con azúcar y limón.

Entretanto, Berthelleminot de Beaurepas se estiraba los puños, se alisaba los cabellos y afianzaba en su nariz los anteojos de oro.

La viuda le contemplaba á hurtadillas, con admiración y tristeza.

¡Pobre y débil mujer!

—Y bien, doctor—dijo Berthelleminot cuando terminó su tocado,—¿qué nuevas trae *La Bandera Blanca*?

—Malas—replicó Morin;—el liberalismo avanza.

—¡No me dice nada, por lo que se ve!—murmuró la hermosa viuda removiendo con la cucharilla el vino y el azúcar.

—Os digo que estáis encantadora, Hortensia—repuso el rentista.

Hortensia (la viuda Ragon se llamaba Hortensia) enrojó de orgullo y de placer.

—Diga usted, señor Berthelleminot—preguntó desde lejos Maudreuil,—¿viene usted del lado del Vevre?

—He llegado esta mañana hasta la mitad del camino del lago de Brehaim.

—¿Está aún inundada la llanura?

—Va descendiendo: á las doce, cualquier joven resuelto, como nuestro amigo Guerineul, ó Romblon hijo (¡buenos días, Fiff!), podrá atravesar el Vevre á pie enjuto.

—Gracias—dijo Maudreuil, y añadió inclinándose al oído de Houel:—Mi primo y amigo, si quiere creermé, partamos á las doce. Doctor, no hay que enfadarse: sería un mal para los muchachos. Hacia las doce iremos á echar un vistazo para ver lo que pasa allá abajo.

El doctor movió la cabeza.

—¡No haberme llamado!—refunfuñó.—¡Después dirá que es un liberal!

—Aguardemos á las doce—decía á su vez Romblon padre, saboreando su aguardiente.—Iremos por allí á dar una vuelta, ¿verdad, Fiff?

—Sí, papá.

Guerineul se había sentado en una mesa y bostezaba hasta dislocarse las quijadas.

—Sepan ustedes—dijo á los circunstantes—que, no habiendo nadie con quien hablar particularmente, voy á ir hacia Ceuil á las doce, ¡vive Cristo!

—¡A las doce!—repitió Menand joven, que se despertó sobresaltado.—En el castillo, hora militar.

Efectivamente, en el castillo de Juan del Mar iba dentro de poco á reunirse numerosa compañía.

La viuda Ragon había entregado á su Berthelleminot el vaso de vino blanco azucarado, que el rentista bebía á pequeños sorbos.

La viuda suspiraba. Sus ojos se humedecían por momentos.

¡Viudas, sed prudentes en vuestros amores y no cultivéis la amistad de los rentistas! Si un hombre

os dice que ha inventado alguna cosa, huid de él, huid como del fuego.

No es Don Juan quien pierde á las viudas, no es Lovelace, es Berthelleminot de Beaurepas, el hombre maduro, muy reservado, que habla de millones, el hombre de la cadena y los anteojos de oro.

Viudas, rodead de una triple muralla vuestro corazón y vuestros ahorros.

Hemos soltado la palabra: á lo sumo entregad vuestro corazón, y de nada os acusaremos.

¡Pero vuestros ahorros!

La viuda Ragon tenía un corazón y diez y ocho mil francos de economías.

—Y bien—dijo,—¿decididamente partís?

—Mañana, Hortensia.

—¡Mañana!—replicó ésta.—¡Mañana, Arístides!

—A las seis de la mañana, para embarcarme, estar un mes de viaje, otro en el sitio de la explotación y un mes en la travesía de regreso: total, diez meses.

—¡Diez meses!—murmuró la viuda.—¡Un siglo!

—Al cabo de esos diez meses os ofrezco mi mano, mi nombre y mi fortuna, que no será menor de diez ó quince millones.

—¡Arístides! ¡Arístides!—dijo la viuda, que era muy sincera.—¿Qué me importa la fortuna?

—Me he quedado, corto—continuó Berthelleminot;—podría decir veinte millones sin pecar de exagerado.

Había terminado su vaso de vino blanco azucarado.

—¡Buenos días, señor Guyot!—dijo levantándose, como para cortar la emoción de aquel coloquio.—¡Señor Jumelet, buenos días!

Los señores Guyot y Jumelet, el primero pasante de escribano y el segundo ujier del tribunal civil, acababan de trasponer la puerta. Otros parroquianos entraron á continuación. El Gran Café de la Industria se llenaba, como todos los días á aquella hora. Los recién llegados se mezclaron con los otros, y el joven Guerineul encontró un aficionado para jugar una partida de billar.

Berthelleminot ocupó el centro de la habitación, pasó la mano por sus lentes de oro, y dijo, manifes-

tando en su tono y aire solemne la intención de pronunciar un discurso:

—Señores, me consideraría indigno de la acogida benévola que esta población se ha dignado dispensarme, si no mirase como un deber dar un adiós de despedida á los estimados amigos que me rodean.

—¡Ah! ¡ah!—dijeron de todas partes.—¡Se marcha usted, señor Berthelleminot!

—¡Buenos días, señor Boistier! No había tenido el honor de verle. ¡Señor Allumel, buenos días! Sí, señores, parto para lejanos países, donde tengo la certeza de realizar la operación más ventajosa que jamás se ha intentado. Las personas que han puesto su confianza en mí...

—¡Haz otro tanto!—interrumpió Guerineul, que acababa de meter en la tronera la bola de su adversario.

Y se echó á reír; pero la señora Ragon frunció el entrecejo.

—Las personas que han puesto su confianza en mí—prosiguió imperturbable el señor Berthelleminot de Beaurepas—van á centuplicar sus capitales, sin correr el menor riesgo. Por eso no les pido más que un poco de reconocimiento y algo de afecto.

—¡Excelente corazón!—pensó Hortensia, que se limpió las lágrimas con una servilleta.

—¿Ha encontrado usted sus sesenta mil francos?—preguntó Fiffi Romblon.

—Hubiera encontrado seiscientos mil, mi joven amigo—replicó el rentista con dignidad:—lo que me detenía no era el dinero. Necesitaba un hombre para completar la pequeña falange que me aguarda á bordo del navío *El Argonauta* en el puerto de Granville. He encontrado á ese hombre, gracias á los cuidados de una estimable dama...

Hortensia aguzó el oído.

—La señora Marion, á quien todos conocen—continuó Berthelleminot.

—¿Y desde cuándo tiene usted relaciones con la señora Marion, Arístides?—preguntó Hortensia, que se había levantado roja de indignación.

Berthelleminot advirtió, ya tarde, que acababa de cometer una enorme falta.

Para reparar su torpeza se dirigió al mostrador, cogió la mano de la señora Ragon y se la llevó á los labios. Mas sobrevino un incidente que dió á la escena un carácter grotesco.

En el momento en que el señor Berthelleminot rozaba con sus labios los dedos de Hortensia, se abrió la puerta, y una voz de timbre varonil pronunció sin cumplimiento estas palabras: ¿Está aquí *mamá Rogome*? Hortensia palideció. El romántico Berthelleminot retrocedió como si una víbora le hubiese picado en las plantas.

Un inmenso estallido de risa hizo retremblar las vidrieras del café.

En el umbral de la puerta aparecía nuestro amigo Tiennet Blóne, muy asombrado del efecto producido por su pregunta, que seguramente había formulado con la mejor buena fe del mundo.

Como nadie le respondía y todos se desternillaban de risa, Tiennet se sintió algo desconcertado, por la primera vez en su vida. Permanecía allí, con sus grandes ojos abiertos y dando vueltas entre los dedos á su gran sombrero de fieltro.

—¡Insolente!—exclamó la viuda Ragon en cuanto pudo recobrar el habla.

—¡Perdonen!—dijo Tiennet buenamente.—Me habían dicho que aquí vive *mamá Rogome*. Voy á preguntar más lejos.

Y saludando, intentó salir de nuevo; pero Berthelleminot de Beaurepas le cerró valientemente el paso.

Viendo Tiennet su frente casi calva y sus lentes de oro, sintió cierto respeto: se volvió para buscar otra salida, encontrándose frente á frente al doctor Morin.

Tiennet exclamó:

—¡Si es á usted á quien buscaba! ¿Luego vive aquí *mamá Rogome*?

La viuda Ragon rugió de rabia.

El rentista cogió á Tiennet por el cuello. El joven le miró con aire confuso, no sabiendo si debía reír ó enfadarse.

Los parroquianos del Gran Café de la Industria, presagiando un singular combate, hicieron círculo en torno de los dos campeones, y el joven Guerineul, para no perder detalle, se subió en un asiento.

X

El golpe del ariete.

Tiennet había permanecido dos horas largas sobre el banco de piedra con la cabeza entre las manos, y pensaba. Durante aquel tiempo no había perdido de vista las ventanas de la señora Marion.

Hacía frío. El cielo, cargado de pesadas nubes, descargaba algunos chaparrones, que no dejaban al traje de Tiennet tiempo de secarse. Tenía los pies en el agua, y con sus enrojecidas manos se mesaba los abundantes cabellos mojados. Miraba sin cesar la estrecha cornisa de hierro que se elevaba sobre las tres ventanas de la fachada de la señora Marion.

Hacia las ocho de la mañana salió Rosalía para ir á comprar el desayuno de su ama. Tiennet se levantó y avanzó algunos pasos hacia ella; pero cambió de opinión y volvió á sentarse.

Rosalía volvió. Tiennet sintió no haber aprovechado la ocasión de hablarle.

Media hora después Rosalía abrió las vidrieras y sacudió á la calle la piel de zorro que servía de alfombra á la señora Marion. Tiennet se volvió para no ser visto.

Cuando Rosalía cerró las vidrieras, sintió Tiennet no haberse presentado á ella. Quizás Rosalía le hubiera reconocido y acaso le hubiese hablado. ¿Quién sabe si la señora Marion se reprocharía la dureza con que la víspera le había tratado!

¡La señora Marion, que podía decirle el nombre de su madre!

Tiennet esperó una tercera ocasión, prometiéndose no dejarla escapar; pero la ocasión no se presentó. La puerta permaneció cerrada y las vidrieras no volvieron á abrirse.

Hacia las nueve y media Tiennet se levantó so-